

OSVALDO LOUDET: Vida, Obra y Pensamiento *

por el Académico DR. OSVALDO FUSTINONI **

Oswaldo Loudet falleció a la avanzada edad de 93 años en perfecta lucidez y manteniendo su actividad en varios de los órdenes en que ésta se diversificó durante su dilatada vida.

Tan polifacética fue ella que se puede decir sin exageración que ha constituido en nuestro medio, el arquetipo del médico humanista.

A los 88 años manifestó en una entrevista que la continua actividad que desarrollaba lo había mantenido, y lo mantenía aún, en un excelente estado físico y mental.

Puede decirse que así vivió durante los últimos días.

Además de su valor intelectual y profesional, constituye gerontológicamente, un ejemplo magnífico de lo que puede rendir una persona, a pesar de llegar a una edad propecta.

En algunas de sus publicaciones Loudet dijo, aludiendo a las memorias, que alguna vez tuvo el propósito de hacer la de su propia vida, pero no llegó a concretarlo, reduciéndose, sin embargo, a un pequeño libro titulado *Recuerdos de Infancia y Juventud* donde vuelca las vivencias de esa época de su vida.

Nacido en Buenos Aires el 13 de abril de 1889, perdió a su padre, también médico, cuando contaba pocos años.

* Conferencia pronunciada en el Salón Anasagasti, del Jockey Club de Buenos Aires, el 28 de noviembre de 1986.

** Miembro de Número de las Academias Nacionales de Medicina y de Ciencias de Buenos Aires.

Concluidos sus estudios secundarios, y en tren de decidir su ingreso a la universidad, optó por abrazar la misma carrera de su padre, inscribiéndose para ello en la facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires, de donde egresó, presentando su tesis de doctorado sobre "La pasión en el delito" la que mereció el premio "Wilde" (año 1917).

En los dos últimos años de sus estudios presidió el Círculo Médico Argentino y Centro de Estudiantes de Medicina.

Además de su vocación médica, Loudet, en su época estudiantil, quería lograr el progreso de la universidad, para lo que consideraba la necesidad de su renovación y reforma.

Es así como luchó en su calidad de estudiante, y ello le valió además de la presidencia del Centro de Estudiantes, ser el primer presidente de la Federación Universitaria Argentina.

Como consecuencia de la Reforma de 1918, en que se crearon los cargos de consejeros estudiantiles, Osvaldo Loudet fue designado en Medicina, así como José Ingenieros lo fue en Filosofía.

Fue un cargo de lucha, pues en el término de tres años cumplió una tarea que a otros hubiera llevado muchos años, logrando que el consejo directivo aprobara en 1919, la creación del doctorado en bioquímica y farmacia, y en 1920 el Instituto de Medicina Legal y el Curso de Médico Legista.

Opuesto a la intromisión de la política en la Facultad, dejó su cargo de Consejero en 1921.

Sin embargo, en 1940, volvió al Consejo Directivo de la Facultad de Medicina, al mismo tiempo que desempeñó el cargo de vicedecano, y logró la aprobación del curso de médico psiquiatra y otros proyectos de su iniciativa.

En el ejercicio de la profesión se orientó en el estudio de la psiquiatría, actuando en los dos tradicionales neuropsiquiátricos de la Capital Federal, El Hospicio de las Mercedes y el Hospital de Alienadas, llegando a ocupar en este último la jefatura de sala.

Colaborador de José Ingenieros en el Instituto de Criminología que éste fundara, lo sucedió en su dirección, y desde este mismo año dirigió "La Revista de Criminología, Psiquiatría y Medicina Legal".

Además de su vocación médica, Loudet sentía pasión por la enseñanza, y realizó una obra docente extraordinaria, desempeñándose, como profesor secundario, en el Colegio Nacional de Buenos Aires y en el Instituto Libre de Segunda Enseñanza del cual fue Rector, desempeñándose en ese cargo hasta su fallecimiento.

Pero también fue profesor universitario, ocupando como profesor titular la cátedra de Clínica Psiquiátrica de la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad de La Plata y la de profesor adjunto de Medicina Legal en la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires, y también fue profesor de Psicología Experimental y Fisiológica de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires.

Fue como ya habíamos dicho miembro de los Consejos Directivos de las facultades de Medicina y Filosofía y Letras de Buenos Aires, desempeñando el cargo de vicedecano de la primera; y a él se debe por su iniciativa, la creación de la Facultad de Farmacia y Bioquímica que hasta entonces formaba parte como escuela de la Facultad de Ciencias Médicas de Buenos Aires.

Formó parte del Consejo Asesor de la Dirección de Institutos Penales de la Nación, teniendo a su cargo la dirección del Anexo Psiquiátrico de esta repartición.

Fue enriqueciendo con numerosas publicaciones la bibliografía de nuestro país, basadas en sus estudios psiquiátricos y criminológicos, y a lo largo de su vasta vida fueron apareciendo una serie de obras en las que volcó sus eximias dotes de escritor, y su amplia cultura, que desbordaba la materias atingentes a su profesión, para abarcar la historia, la psicología y la filosofía.

Dotado de un magnífico estilo, trazó grandes retratos literarios de nuestros calificados médicos: Güemes, Ayerza, Allende, Sicardi, Aráoz Alfaro, Prando, Cramwel.

Osvaldo Loudet, representa en nuestro país, la sucesión o continuidad de una línea de médicos destacados, neurólogos o psiquiatras que han dejado una perdurable obra literaria, línea que inicia José María Ramos Mejía ilustre autor de *Las Neurosis Célebres en la Historia Argentina*, *Las Multitudes Argentinas*, *Rosas y su tiempo*, seguida por su discípulo José Ingenieros, el autor de *El Hombre Mediocre*, *La simulación en la lucha por la vida* y *La Criminología*.

Esta simbiosis entre médico y literato de la que se encuentran numerosos ejemplos, se dio también en Loudet; la motivación de ello no dejó de preocuparlo, y al respecto escribe: "En el caso de la coexistencia armoniosa de los dos, médico y literato, puede existir un ritmo alterno, períodos en que el médico deja ahogado al escritor o cuando éste deja semidormido al profesional. En la vida común se reparten el tiempo. Los dominios se suceden pero algunas veces se superponen: Ricardo Gutiérrez, eminente médico de niños, fue un gran poeta lírico; Si-cardi, clínico sagaz, autor de *El libro extraño* es un novelador naturalista; Ramos Mejía, psiquiatra profundo, un historiador de la Escuela de Taine, Manuel T. Podestá, Director del Hospital de Alienadas, osciló entre el romanticismo y el naturalismo, escribiendo *Irresponsable* y *Alma de niña*; Prando fue cirujano y crítico de costumbres. Trongé, tocólogo y dramaturgo, pero el mismo Loudet ha hecho la observación, a propósito del poeta y médico Baldomero Fernández Moreno, que la coexistencia de un médico y un poeta en un mismo corazón provoca el *drama irremediable*: o el médico mata al poeta o el poeta mata al médico. No fue esto último; sin embargo lo ocurrido con Loudet, pues en él coexistieron armoniosamente el médico y el escritor, tal vez, porque cumplió con la tendencia señalada por Marañón, a compensar en los hombres inteligentes que viven sujetos al ejercicio de una profesión, la monotonía de este ejercicio con la práctica pública o el secreto cultivo de otras actividades.

Loudet es el Plutarco de nuestros grandes médicos, de los que ha trazado vívidos retratos, a los que impregna de un sentido de admiración, sin incurrir en lo que señala MacAuley como defecto de todos los biógrafos, estar expuestos a esa enfermedad, la de la admiración.

Aparte de la agudeza de observación que denota su biografía, se apoya a menudo en reflexiones éticas, que revelan en el autor su frecuentación de los moralistas de la antigüedad, como Marco Aurelio, como Séneca, o de los franceses del siglo clásico como La Rochefoucault, la Bruyere, Fontenel.

SUS PRIMEROS AÑOS

Don Bartolomé Loudet había emigrado de su país natal Francia, por circunstancias políticas, sobrevenidas al producirse el golpe de estado de Napoleón III, en 1851.

Bartolomé Loudet había egresado de la famosa Escuela Normal de París, donde se graduó de profesor, y se trasladó al Río de la Plata, acompañado por otros colegas, egresados de la misma escuela, como Amadeo Jacques y Alfredo Cosson.

Mientras Amadeo Jacques se quedó en Montevideo, para después de varios años recién pasar a la Argentina primeramente a la Provincia de Tucumán, Santiago del Estero y el Chaco, pasando a establecerse definitivamente en Buenos Aires; con la instancia del vicepresidente Marcos Paz, el entonces Presidente de la República Bartolomé Mitre, le confió la Dirección del recientemente creado Colegio Nacional de Buenos Aires.

El abuelo de Loudet había instalado en la calle Piedad, una casa de fotografía que tuvo mucho éxito, cuando recién este arte comenzaba a adquirir gran importancia.

Por su casa de fotografía, solían pasar Mitre y Sarmiento, que gustaban hablar con "el Franchute", y admirar la extraordinaria biblioteca que poseía y que pasó en herencia a su nieto.

El abuelo Loudet, mediante sus conocimientos físico-químicos, perfeccionó la técnica de la fijación y de la revelación fotográficas, y obtenía así imágenes que le dieron renombre en la sociedad porteña.

Con el tiempo, el establecimiento de fotografía se instaló en la calle Florida y continuó su actividad a cargo del señor Witcom, casa que adquirió un gran renombre.

La familia Loudet provenía de la provincia francesa Langhedoc, famosa por su variedad de paisajes: montañas, llanuras, valles, ríos y arroyos; y se destacan en ella las hermosas ciudades de Toulouse, Montpellier, Narvona y Perpignac.

Fue región y fue patria de trovadores y famosa por sus vinos.

El abuelo materno de Loudet fue también de linaje latino, pero en lugar de nacido en la patria de Montaigne, lo fue en la patria del Dante.

En efecto, nació en Bérghamo, cerca de Milán, y su nombre fue Elías Tornú.

Recibido de ingeniero civil, se especializó en ferrocarriles y caminos y vino a Buenos Aires a instancias de Sarmiento, para trabajar en la construcción de ferrocarriles.

Tornú llegó a Buenos Aires con dos hijas y aquí nació María Antonieta, que fue la madre de Osvaldo Loudet.

El ingeniero Tornú además de su preparación profesional era dueño de una cultura humanista, amplia y profunda. Su nieto se refiere a él de esta manera: "poeta y geómetra, artista y matemático, pitagórico y órfico, si en la mano derecha llevaba muchas veces la tabla de logaritmos, en la izquierda apretaba con su corazón a Horacio y a Virgilio, a Pascoli o a Carducci. Versificaba en latín y en italiano. No cabe duda de que por ambas ramas ancestrales el doctor Loudet, además de su consagración a la medicina, mantuvo también una amplia y profunda capacitación humanista.

La madre del doctor Loudet fue María Antonieta Tornú, nacida después de la llegada del ingeniero Tornú a Buenos Aires.

Cuando Loudet se refiere a su madre dice así: "mi madre fue como todas las madres auténticas, el corazón y el espíritu, la voluntad y el sacrificio, el amor y la esperanza del hogar. Egresada de la Escuela Normal había contraído enlace con el doctor Osvaldo Loudet cuando este todavía no había terminado su carrera. Lamentablemente tanto el padre como la madre de Loudet vivieron poco tiempo, pues a los 6 años de edad queda huérfano de ambos, pero en sus recuerdos de la infancia Loudet dice que tuvo tres madres. La primera, que fue la que le dio la vida, fue la madre de la primera infancia; la segunda, la hermana de la madre, la que amparó a Loudet y a sus hermanos, y la tercera, su prima Laura, que fue la que forjó su alma.

El padre de Loudet llevaba el mismo nombre de su hijo. Vivió sólo 32 años. Tuvo una dura lucha por la existencia. Estudiaba medicina cuando fue designado profesor de Botánica en el Colegio Nacional de Buenos Aires para reemplazar al sabio profesor Carlos Berg.

Cuando los profesores de este colegio debieron retirarse del mismo y fundaron el Instituto Libre de Segun-

da Enseñanza, el padre de Loudet continuó como profesor de ciencias naturales. Perteneció a la generación médica del 92 y tuvo como condiscípulos y compañeros de internado del Hospital de Clínicas a los grandes maestros que esa generación dio a la Escuela Médica Argentina, como Gregorio Aráoz Alfaro, Máximo Castro, Horacio Pínero, Alejandro Posadas, José F. Molinari, Marcelino Herrera Vegas, Daniel Cranwel, etc.

Por sus altas calificaciones obtuvo la medalla de oro de su curso. Tuvo una actividad profesional intensa y aunque desaparecido muy joven dejó un libro en que tradujo sus profundas meditaciones de médico y filósofo titulado *La vida, el mecanismo evolutivo ante la ciencia positiva*. Cuando Loudet vino al mundo su padre cursaba el penúltimo año de medicina y todos los internos del Hospital de Clínicas donde era practicante concurrieron a su casa para festejar el acontecimiento y así pasó de los brazos de Aráoz Alfaro a los de Molinari, de los de Cranwell a los de Herrera Vega, de los de Posadas a los de Badía, y comentando este hecho Loudet lo calificó de su providencial bautismo galénico y de su predestinación a ser médico.

El hogar de Loudet se completó con dos hermanas, Lili y Mimí y un hermano, Enrique. Este último se destacó en la enseñanza, en el periodismo y en la diplomacia, representando a la Argentina ante los gobiernos de Costa Rica y Nicaragua.

El doctor Loudet inició sus estudios primarios en la Escuela Presidente Quintana, en la que fue el primer inscripto en primer grado cuando se inauguró el colegio. La escuela funcionó breves meses en la calle Centro América, hoy Pueyrredón, entre las de Paraguay y Córdoba, para luego trasladarse a la calle Lavalle. Corría entonces el año 1895.

A los 10 años de edad pasó Loudet a la Escuela Normal de Profesores que hoy lleva el nombre de Mariano Acosta, donde cursó el 4º y 5º grados y fue la escuela que dejó en su alma los rastros más profundos e imborrables.

Particularmente, Loudet señala como un gran maestro a un joven que fue uno de los primeros egresados de la recién creada Facultad de Filosofía y Letras: Eugenio Ivanovich.

Expresa Loudet de su maestro primario: "Sus clases eran movidas, ordenadas, llenas de descubrimientos para nosotros, pues al margen de las matemáticas, del castellano, de la geografía, hacía excursiones por la filosofía, adaptándolas a nuestra edad escolar y poniendo prudentes límites a nuestra curiosidad".

"Yo escuché por primera vez en la vida hablar de Taine y Tocqueville, de Darwin y Ameghino, de Comte y de Spencer, de Tito Livio y de Lucrecio. Mi maestro de 5º grado dirigió mi formación espiritual. Me enseñó a estudiar, a pensar, a dudar, a encauzar mis tendencias, a frenar mis impulsos, a enriquecer los sentimientos, a ser noble, bueno, tolerante.

"La semilla que depositó en mi alma de niño no se perdió del todo, pues aunque yo me anoté en la Facultad de Medicina, hacía mis excursiones a la de Filosofía y Letras.

"Mi vida universitaria tuvo un ritmo pendular. Se detenía mayor tiempo en la Facultad de Medicina y otros en la de Filosofía. Si las ciencias naturales me atraían y las verdades científicas me subyugaban, sentía el misterio de las causas finales y mi hambre metafísica era permanente".

En la Facultad de Filosofía y Letras era alumno libre, donde asistía cuando tenía ganas a las clases de Lógica de Matienzo, de Ética y Metafísica de Rivarola, de Historia de la Filosofía de Korn, de Psicología de Horacio Pinero, y allí tuvo como condiscípulos a Carmelo Bonnet, a Roberto Giusti, a Emilio Ravignani, a Coriolano Alberini, a Salvador De Benedetti.

Loudet recordaba con mucho cariño a su tío materno Enrique Tornú, que también fue médico y que tuvo una breve existencia, pues murió a los 35 años de edad. Enrique Tornú comenzó sus estudios de medicina en Buenos Aires para luego continuarlos en Burdeos, Francia, cuya Facultad de Ciencias Médicas tenía una historia famosa y había dado grandes maestros. Obtenido su título, regresó a Buenos Aires, donde lo revalidó y donde su vida médica se realizó en dos etapas: en la primera actuó como cirujano y ginecólogo, y en la segunda actuó como higienista especialmente preocupado por el drama de los numerosos enfermos de tuberculosis que marchaban hacia la muerte con tratamientos sin resultado y sin amparo social. Por ello, frente al drama médicosocial de la tuberculosis resolvió abandonar su consultorio para estudiar de-

tenidamente la climatología de las sierras de Córdoba cuyas proyecciones iban a ser incalculables.

Designado por el doctor Ramos Mejía que presidía el Departamento Nacional de Higiene, delegado honorario ante la Provincia de Córdoba para estudiar sus condiciones climáticas con respecto al tratamiento de la tuberculosis, pasó allí dos años, debió vencer numerosas dificultades para hacer los estudios meteorológicos que implicaban el traslado de numerosos aparatos a lomo de mula por caminos accidentados, al margen de precipicios y por otros senderos que era necesario abrir por primera vez, todo lo cual demandó una tarea ímproba. El resultado de sus investigaciones fue expuesto por Tornú en varios volúmenes, y a partir de ahí fue como descubrir un paraíso para los enfermos de tuberculosis, al ofrecerles un nuevo medio de lucha contra la enfermedad constituido por la cura climática.

La Municipalidad de Buenos Aires por tal motivo al inaugurar un nosocomio para enfermos de tuberculosis dispuso que llevara el nombre de Tornú.

En su libro *Recuerdos de la infancia y juventud*, Loudet menciona un pueblo suburbano, Morón, donde vivió la parte más florida de su adolescencia, en una casa quinta con magníficos árboles que aún existía cuando escribió sus recuerdos. Volver al finalizar el día después de haber trajinado por Buenos Aires, era para Loudet penetrar en un paraíso terrestre. Justamente fue en Morón que Loudet se inició como catedrático al fundarse en dicha localidad la Escuela Normal, pues cuando cursaba el tercer año de medicina le ofrecieron que dictase gratuitamente Botánica General.

Vamos a continuación a considerar la obra de Loudet, dividiéndola en los distintos aspectos de la actividad que desarrolló durante su prolongada vida.

EL MÉDICO

Durante su carrera recibió las enseñanzas de los grandes maestros de la Facultad de Medicina de Buenos Aires; el propio Loudet se ha referido a ellos de esta manera:

“Los maestros de mi generación pertenecieron en el orden intelectual y científico a la medicina hipocrática que sin desconocer el laboratorio incipiente, se formaron

al lado del enfermo y fueron clínicos consumados. Predominó en ellos la observación y la experiencia, la lógica inductiva, la inteligencia sobre el método gráfico. En el orden moral, vivieron el período romántico de la medicina y generosos y probos encarnaron el inolvidable médico de familia. Mi generación heredó muchas de las virtudes de ésta, en los conocimientos, en los sentimientos y en la conducta que nos enriqueció con nuevos métodos y nuevas técnicas que volvieron los espíritus menos angustiados ante los problemas del diagnóstico, del pronóstico y del tratamiento. El individualismo redujo su órbita y con ello el peso de la individualidad, los combates aislados, la gloria de los esfuerzos únicos. Apareció luego en el horizonte médico el equipo. Como una escuadra de técnicos batalladora, ruda e insustituible. La generación que hoy se forma entre el tumulto de magníficas conquistas utiliza técnicas aun más perfeccionadas y eficaces, pero debe evitar perder el alma entre esos instrumentos y esos mecanismos”.

Estos conceptos vertidos por Loudet en su libro *Vida y Espíritu del Médico*, conservan su más rigurosa actualidad.

Cómo concebía Loudet al médico, lo expresa en la misma obra de esta manera: “El médico verdadero busca sus conocimientos en la ciencia de la naturaleza y en la ciencia del espíritu, única forma de responder a la totalidad del hombre enfermo, es decir, a la persona humana en la cual no es posible desarticular el cuerpo del espíritu”.

Las expresiones corrientes, *mi enfermo*, *mi médico*, tienen un valor moral trascendente.

Cuando el médico dice *mi enfermo*, quiere decir que sólo él lo posee, lo conoce, lo quiere. Es suyo, porque lo ha estudiado, penetrado y conquistado.

Cuando el enfermo dice *mi médico*, anuncia un acto de fe, y sobre esa fe expresa su consuelo y su curación posible.

Más adelante señala: “El ejercicio de la medicina es una escuela de amor al prójimo, de acatamiento a las leyes naturales, de resignación ante el destino, de auxilio sin tasa al dolor, de sacrificio sin gratitud y sin premio, de silencio y oscuridad en los triunfos, de sereno estoicismo ante la adversidad y ante la injusticia, de humildad y de modestia ante la fragilidad de nuestra vida. El hombre que

ejerce la medicina debe desprenderse de toda vanidad y todo orgullo, porque los días y las horas que corren le enseñan que la existencia es una llama oscilante, un soplo vital y efímero, una nota evanescente, una sombra que pasa ante la eternidad del universo. . . La profesión médica es por todo esto la más alta, la más digna, la más hermosa de todas”.

Como médico se cñó a estos elevados conceptos, sobre la profesión que abrazó. En un principio se desempeñó como médico general, pero pronto lo atrajo el estudio de las enfermedades de la mente, para el que lo predispusieron sus dotes de psicólogo fino y penetrante.

Hacia esta especialidad lo guiaron tres ilustres cultores de la misma: José María Ramos Mejía, José Ingenieros y Domingo Cabred. Este último fue su profesor de Psiquiatría en la Facultad. De él ha trazado una magnífica biografía en la que dice a su respecto: “Cabred nació en Paso de los Libres, ciudad de la provincia de Corrientes, y su divisa fue la armoniosa expresión guaraní: «Aye-reco-Cuaja-Catú», que significa: «Yo me se tener», o también: «Yo me basto y defiendo»”.

La enseñanza de Cabred influyó sin duda en que Loudet abrazara la psiquiatría. A su respecto dice en su biografía del ilustre alienista:

“Él fue nuestro profesor de psiquiatría, nos enseñó nuestros primeros pasos en la más apasionante y difícil de las clínicas, nos llevó de la mano por aquellos círculos dantescos de la locura, que van de las luces oscilantes de los delirios, hasta las noches lóbregas de la demencia; nos enseñó el misterio de los claroscuros de los espíritus desarticulados con un razonamiento inverosímil; nos demostró que era más difícil desnudar un alma que desnudar un cuerpo, nos reveló los impactables e invisibles instrumentos que penetran en la intimidad anímica de los enfermos: la paciencia, la bondad, la ternura, sin las cuales todas las ciencias del mundo valen muy poca cosa y no valen nada. . . El encuentro del médico con el enfermo mental es muy distinto al encuentro del médico con el enfermo común. En este caso particular, es donde se comprueban los valores intransferibles del binomio médico-enfermo, porque no es posible prescindir de un contacto espiritual directo y de un diálogo profundo que lleva al diagnóstico y al descubrimiento. No hay aparato que pue-

da sustituir al propio espíritu, para penetrar en otro espíritu oscurecido o atribulado.

“La esencia de lo psíquico está más allá de lo somático y de lo fisicoquímico. La intuición bergsoniana no cede aquí sus dominios, no hay rayos X que descubran la sombra de un alma entristecida; no hay tubo de ensayo que precipite o individualice una idea delirante; sin embargo, tengamos siempre presente que no hay enfermo exclusivo del espíritu, como no hay enfermo exclusivo del cuerpo, porque el enfermo es el hombre, el hombre total. . . De todos modos para abordar los enfermos psíquicos, es imprescindible preparar un clima de simpatía y comprensión humana. Frente a estos enfermos, el médico se apercibe del sentido misericordioso de su misión.”

Loudet fue fiel en su ejercicio de la psiquiatría a estos principios. Un aspecto que lo preocupó, en parte llevado por su inclinación, fue escudriñar, lo más a fondo posible, las profundidades del alma humana, sobre todo de los delincuentes, y es así como dedicó parte de su actividad a estudiar los penados de la antigua Penitenciaría Nacional, y abordar así el estudio de la criminología, ciencia en la que siguió los pasos iniciados por Ramos Mejía y más particularmente por José Ingenieros.

De este último, de una de las facetas de su poliédrica personalidad, la de criminalista, dice al respecto Loudet: “Como criminalista nadie lo ha superado entre nosotros, y su obra traspasó los límites del país, por la visión clara de los problemas, por la sistematización rigurosa de los hechos, por el ordenamiento de las ideas, por la originalidad de sus concepciones. . . Después de estudiar las perturbaciones de los alienados y ser un psiquiatra profundo y original, se dedicó al estudio del hombre delincuente. . . Apenas egresado de la Facultad le preocupaban los individuos que integran dos mundos trágicos y sombríos: el mundo de la locura y el mundo de la delincuencia. No le era difícil descubrir los contactos, las vinculaciones, las raíces comunes que tenían estos dos mundos. No los vio a través de los libros, sino a través de la vida. En el Hospicio y en la Penitenciaría tenía los documentos vivientes para explicar la locura y el delito”. En 1902 Ingenieros fundó los “Archivos de Psiquiatría y Criminología”; respecto a la finalidad de estos archivos escribió Ingenieros: “El estudio científico de los hombres anormales, especialmente

el hombre criminal y alienado, así como de las condiciones del medio sociológico que sobre él actúa, constituye el objeto de estos Archivos", y agrega: "Los anormales, el homicida, el genio, el mentiroso, el pederasta, el filántropo, el avaro, el alienado, el ladrón, el apóstol, el sectario, el enamorado, el vagabundo, la prostituta, son la levadura buena y mala que da vida y fermento a las agrupaciones sociales.

"No son individuos que eligen la práctica de una actividad social benéfica o perniciosa; son psiquis anómalas que bajo determinadas condiciones del medio en que actúan, reaccionan en un sentido determinado, sin que exista la posibilidad que ante iguales causas, reaccionen de diversa manera".

En el primer comité de redacción de estos Archivos, figuraron José María Ramos Mejía, Francisco de Veiga, Horacio P. Areco, Víctor Mercante, Rodolfo Senet, Manuel T. Podestá, Antonio Balive y Horacio G. Pinero. Estos Archivos se publicaron desde 1902 hasta 1911, y según Loudet tienen el mismo valor que los "Archivos de Antropología Criminal" de Lombroso, en Italia, y los "Archivos de antropología criminal" de Lacassagne, en Francia.

Cinco años más tarde Ingenieros funda el Instituto de Criminología de Buenos Aires, con asiento en la Penitenciaría Nacional, establecimiento que desapareciera hace pocos años, siendo designado Director del mismo.

Ingenieros trazó un concienzudo programa de investigaciones criminológicas que dividió en tres partes: Etiología Criminal, Clínica Criminológica y Terapéutica Criminal.

Con su obra Ingenieros creó una verdadera Escuela de Criminología Argentina, Escuela que el propio Loudet denomina Psicopatológica, porque pone su acento máximo en las anomalías psicológicas, aceptando la intervención también de otros factores, como los sociales, de tal suerte que en la determinación del delito se combinan en proporciones muy variables la constitución físico-psíquica y los factores sociales.

También sobre la base psíquico-patológica, Ingenieros creó una clasificación de los delincuentes que sostuvo en un Congreso realizado en Roma en 1905 y en el que estuvieron presentes figuras muy importantes de la ciencia criminológica como Lombroso y Ferri.

En 1925 una breve enfermedad puso fin a la obra de Ingenieros interrumpiendo su notable obra. Por este motivo Loudet publicó en la Biblioteca de Criminología y Ciencias Afines fundada y dirigida por Eusebio Gómez un artículo en el que analizó la obra criminológica de Ingenieros.

Fue muy tempranamente que Loudet se interesó por la criminología, como lo prueba el importante estudio titulado "La pasión en el delito", que fue su tesis de doctorado laureada por la Facultad de Medicina y que motivó este juicio del doctor Gregorio Aráoz Alfaro, su padrino de tesis: "Este hermoso libro inaugural presenta al público no sólo un médico, sino a un pensador y a un sociólogo".

Su labor como criminólogo fue tan descollante como para que la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales le confiara la Cátedra de Criminología.

A partir de 1927, Loudet desempeñó la Dirección del Instituto de Criminología que fundara Ingenieros, durante muchos años, y además fundó en 1934 la Sociedad Argentina de Criminología, cuya presidencia ejerció a partir de su constitución.

La primera reunión de esta Sociedad tuvo lugar el 28 de septiembre de 1934. La presidió el propio Loudet, quien al inaugurarla precisó sus fines de esta manera: "La Sociedad Argentina de Criminología que reúne en su seno profesores de Derecho Penal, miembros de las magistraturas, funcionarios penitenciarios, investigadores de la policía científica, será un centro de estudios biológicos, sociales y jurídicos, vinculados al problema de la criminalidad. Ha de resolver con espíritu científico las arduas cuestiones de la defensa social. No será un campo para enconadas y estériles luchas de escuelas".

En esta sesión intervinieron el doctor Sebastián Soler, Profesor de Derecho Penal de la Universidad de Córdoba, el doctor Danislao Thort, de la Universidad de La Plata, y el doctor Pablo Mariconde, también catedrático de Derecho Penal de la Universidad de Córdoba.

Loudet, al frente del Instituto de Criminología, fue el continuador de la labor inicial de José Ingenieros y su tarea se completó particularmente en uno de los dos grupos en que se puede distinguir una población penitenciaria:

primero, los delincuentes habituales, para los que la cárcel es un descanso de sus tareas criminales, y donde meditan nuevos planes durante sus forzosas vacaciones, para seguir después en la vida libre consumando fechorías, refugiados en los oscuros subterráneos del edificio social; y segundo, los delincuentes accidentales que sufren el cautiverio resignados y arrepentidos con el firme propósito de no volver; han caído en el delito por una falla de voluntad o por el enceguecimiento de una emoción violenta o de una pasión incontenible.

En el primer grupo predominan los estigmas de la perversidad instintiva entre los que sobresalen, precisamente, la frialdad calculadora y la insensibilidad moral. Las más de las veces son huéspedes tranquilos y dóciles dentro del penal. Los del grupo segundo son los que ofrecen las expresiones emocionales más interesantes, como la ansiedad simple, la ansiedad objetiva y la ansiedad delirante. Es precisamente en este grupo en que el instituto criminológico trabaja buscando mejorar la suerte de estos desgraciados y recuperarlos para la sociedad.

Como Director de este Instituto mostró ampliamente sus dotes creativas organizando el Anexo Psiquiátrico de la Penitenciaría, la Biblioteca Argentina de Criminología y el Museo Criminológico.

Es en el terreno criminológico donde Loudet alcanza prestigio mundial, pues sus trabajos sobre "Estado peligroso" y sobre "Índices biológicos y legales para el diagnóstico de la peligrosidad", aparecidos en 1931 y 1950, le valieron el reconocimiento de los criminólogos de todo el mundo como un verdadero maestro de dicha disciplina.

Su tesis de profesorado tuvo como tema "Las reacciones antisociales de los débiles mentales".

Otra disciplina dentro de la ciencia médica y con atingencia y con la dedicación que consagrara Loudet a la Psiquiatría y a la Criminología fue la Medicina Legal.

En esta materia fue designado profesor adjunto en la Facultad de Medicina de Buenos Aires y perteneció, ya como miembro correspondiente o como socio honorario a la Sociedad de Medicina Legal de Francia, a la International Medico-Legal Association, a la Sociedad Peruana de Medicina Legal y la Sociedad de Medicina Legal y Criminología de San Pablo.

En 1933 fue designado Presidente de la Sociedad de Medicina Legal y Toxicología, en cuyas sesiones leyó varios trabajos de envergadura.

EL EDUCADOR

El doctor Loudet sobresalió también en otro aspecto de su polifacética actividad, la de educador, ejerciendo intensamente la docencia secundaria y universitaria.

En la primera fue profesor de Ciencias Biológicas en el Colegio Nacional de Buenos Aires, y en el Instituto Libre de Segunda Enseñanza; este último nació como un desprendimiento del Colegio Nacional de Buenos Aires cuando varios ilustres maestros de este último se vieron obligados a renunciar, entre ellos, el propio padre de Loudet, a fines del siglo pasado.

El Instituto Libre desarrolló el mismo programa que el Colegio Nacional. Desde su incorporación como docente al mismo, Loudet no solamente dictó asignaturas de índole biológica sino que se incorporó al cuerpo directivo del Instituto, cuya dirección ocupó durante muchos años como Rector.

El Instituto Libre debió su creación, ocurrida en 1892, al doctor Vicente Fidel López, para lo que contó con la colaboración del general Mitre y con el que venía a realizar un sueño que tenía desde la época de su exilio en Chile, donde había fundado un Liceo: que Buenos Aires contara con un Instituto Modelo para formar la juventud.

Desempeñó la presidencia del Consejo Superior y designó como Rector de la misma a Aristóbulo del Valle, el gran tribuno y político argentino.

La incorporación de Osvaldo Loudet al Instituto Libre se debió a una solicitud del Profesor Coriolano Alberini, que estaba al frente del mismo como Rector, quien le ofreció a Loudet el Vicerrectorado.

En un principio Loudet no quería aceptar, pero Alberini insistió argumentando que tenía sólo tres meses para reorganizarlo.

Ante esta insistencia y recordando que su padre había sido profesor del Instituto, el doctor Loudet aceptó y en lugar de tres meses, siguió hasta el final de su vida,

desempeñando el rectorado efectivo, y finalmente el rectorado honorario.

Loudet tuvo que luchar para mantener la independencia del Instituto cuando cierto gobierno pretendió avasallarlo.

En una conferencia del Instituto Popular, Loudet, en el año 1945, evocó dos figuras rectorales del viejo Colegio Nacional de Buenos Aires: Eusebio Agüero y Amadeo Jacques.

En la docencia universitaria Loudet se desempeñó a la vez en la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad de La Plata como profesor titular de clínica psiquiátrica, y como profesor extraordinario de la misma asignatura en la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires, y asimismo en ésta como profesor adjunto de medicina legal.

Fue también catedrático de Criminología en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad de La Plata y profesor de psicología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

Fue consejero y vicedecano de la Facultad de Medicina de Buenos Aires y en el año 1946 publicó un volumen sobre problemas de pedagogía universitaria, que mereciera este juicio del doctor Austregesilo, destacado neurólogo y presidente de la Academia de Medicina del Brasil: "Es un gran libro hecho por quien tiene talento y experiencia personal en la vida de la enseñanza superior".

Desempeñó la presidencia de la Sociedad de Psicología en la Facultad de Filosofía, cuyas sesiones inauguró el 11 de mayo de 1933, pronunciando una notable conferencia que se publicara más tarde con el título "El Padre Castañeda a la luz de la Psicología Patológica", y sobre la que hemos de volver cuando nos ocupemos del doctor Loudet como historiador.

El 19 de noviembre de 1976, los bachilleres egresados del Colegio Nacional de Buenos Aires celebraron sus bodas de oro con el Colegio y pidieron a su antiguo profesor una clase evocativa. En esta clase el doctor Loudet comenzó diciendo que estaba en la tercera juventud, mientras que los ex-alumnos que lo escuchaban se encontraban en la segunda; agregó que tenía muchos años(87), pero que le complacía mucho el contacto con los ex-estudiantes por-

que se sentía rejuvenecer. Expresó que llevaba vividos muchos años pero que a él no le importaba la edad del almanaque sino la del espíritu y que se mantenía siempre optimista añadiendo que los hombres que son pesimistas viven menos. Siguió diciendo: "No voy a hacer un discurso académico, a pesar que soy miembro de varias Academias, por eso me puedo permitir hablar contra las Academias. de lo contrario me callaría, porque podrían decirme que es porque no pude franquear las puertas de las mismas. En cambio voy a hablar como un estudiante crónico en el buen sentido del término puesto que todos somos estudiantes crónicos. Guay del que no sigue estudiando después del diploma." Dijo también que los títulos no tienen valor porque no siempre son ganados por méritos. Lo que vale es seguir el camino recto no el irregular porque por aquél se llega al destino, en cambio por el otro se puede quedar en medio del mismo. Recordó que según Guyau la verdadera profesión es la de ser hombre. Dijo también que le iba a servir para recordar a profesores del Colegio que habían sido de los que escuchaban en ese momento y a los que había conocido muy de cerca, y así citó al Profesor de Anatomía doctor Luis Agote, hombre muy talentoso y de extraordinaria cultura que cuando llegaba a la mención del tendón de Aquiles la clase continuaba ocupándose del héroe homérico y de la Iliada. Loudet acotó que el médico además de cultura científica necesita cultura filosófica y literaria.

Después de citar a otros profesores: Navarro, Durafiona, Nielsen, Peralta Ramos, se detuvo especialmente en la figura de Coriolano Alberini, ilustre profesor de filosofía.

Alberini tenía "agrafia", no escribía tal vez por auto-crítica pero era un gran expositor. Fue un feroz enemigo del positivismo; Alberini era también un crítico cáustico y temible. También destacó las figuras de otros profesores como Buenaventura Pezolano, Jorge Cabral y Carlos Gutiérrez Larreta, el primero profesor de psicología y también brillante expositor y los dos últimos profesores de Historia del Arte.

En el año 1977 la Prensa Médica Argentina tuvo la iniciativa de establecer los premios dedicados a los maestros de la Medicina Argentina y con ese motivo se consideró al otorgarlos por primera vez que el doctor Loudet.

debía ocupar ese puesto de honor porque no sólo había honrado a la profesión médica sino también a la enseñanza y en general a toda la cultura. Esto dio motivo para una emotiva pieza oratoria que pronunció al recibir el premio el doctor Loudet y en tal circunstancia habló de los maestros y discípulos y del testamento moral de un viejo médico.

EL HISTORIADOR

Dentro de la obra copiosa del doctor Loudet debemos mencionar sus estudios históricos, a los que fue llevado de la mano por su formación médica, psiquiátrica y criminológica.

Hay un capítulo de la psicopatología denominado histórico que es el estudio médico-psicológico de los hombres que han tenido un papel grande o pequeño en el ámbito de la historia. Dentro de esta psicopatología histórica se inscribe precisamente el prolijo y minucioso trabajo que realizara Loudet sobre la personalidad del Padre Castañeda. Su interés en este personaje histórico surgió a través de un libro del gran poeta Arturo Capdevila titulado *La Santa Furia del Padre Castañeda* y sobre la base de ese libro y una profusa documentación que pudo consultar en el Museo Mitre, realizó su estudio.

Francisco de Paula Castañeda nació en Buenos Aires en 1770 y constituyó una pintoresca y extraña figura que como publicista y panfletario conmovió y preocupó fuertemente a los sucesivos gobiernos patrios. Castañeda perteneció a la Orden Franciscana y como tal inició su vida conventual en Córdoba donde demostró su inadaptabilidad a la misma teniendo múltiples conflictos con sus cofrades e incluso con el Provincial de su Orden.

Maestro, orador sagrado, auxiliaba a los enfermos y a los pobres mostrando un notable desprendimiento, pero en el afán de imponer sus ideas se arrojó a la vida periodística. Para ello fundaba periódico tras periódico, llegando a publicar y redactar personalmente hasta siete simultáneamente y todavía declaraba que saldrían en la primera oportunidad tres más. Los nombres de los diarios eran muy curiosos, por ejemplo "Doña María Retazos", "El desengañador", "La ilustrísima matrona Comentadora", "El

Paralipomenono”, en los que comentaba los excesos o las situaciones políticas en forma satírica, hiriente y agresiva que provocaba la reacción de las personas que se veían involucradas.

El Gobierno debió en dos ocasiones imponerle el destierro, el último en la ciudad de Montevideo. De aquí volvió a la República Argentina para actuar fundando algunos institutos educativos en esta ciudad y en Paraná, falleciendo en esta última localidad en 1832.

Sus escritos múltiples, caudalosos y escandalosos son una regulación de su personalidad movедiza, turbulenta, intolerante e iracunda que agitó la ciudad porteña desde las invasiones inglesas hasta las vísperas de la tiranía rosista con la extravagancia de sus ideas. Loudet señala que esto es resultado de su constitución paranoica manifestada a través de su hipertrofia del “yo”, su orgullo y su susceptibilidad mórbida, y de un estado hipomaníaco, germinando sobre estos dos elementos de su constitución psicopática un delirio pasional de reivindicación político-religiosa. Fue la locura la que jugó con la pobre vida del fraile franciscano haciéndolo bufón y héroe grande y pequeño a la vez, altruista hasta quijotesco y miserable.

Gran parte de su obra histórica abarca especialmente a la historia de la Medicina Argentina. Es así como integra su libro titulado *Figuras próximas y lejanas* y subtítulo “Al margen de la Historia”, en cuyo prólogo define su elección de los personajes que estudia diciendo que viven en su tiempo animados por pasiones nobles y altruistas. No son simples transeúntes en la historia, se sumergen en ella y la agitan. Son espíritus creadores a su modo y nunca expectadores indiferentes. El canto de un poeta, la ciencia de un médico, el heroísmo de un soldado, la obra de un historiador, la existencia abnegada de un sacerdote aparecen aureolando existencias dignas de respeto.

Es así como desfilan por su libro figuras como Mariquita Sánchez, la personalidad del historiador Vicente Fidel López, la de Saturnino Segurola, sacerdote, médico y filántropo; la de grandes figuras de nuestro pasado médico como Nicanor Albarellos, primer historiador de la Medicina Argentina, la de Pedro Mallo, que se destacó fundamentalmente como médico militar, la de José Ingenieros, Gregorio Aráoz Alfaro, Pedro Belou, Emilio Coni, Daniel Cranwel, Enrique del Arca, David Prando, Fran-

cisco Sicardi, Enrique Tornú, Luis Güemes, Abel Ayerza, José María Ramos Mejía, Marcelino Herrera Vegas, Juan B. Señorans, Domingo Cabred, Lucio Vicente López (h), el doctor en química y farmacéutico A. Sánchez, Juan M. Obarrio y también figuras médicas extranjeras como Gregorio Marañón, Pedro Lain Entralgo, Isidro Mas de Ayalá; sabios como Lavoisier, etc.

Vamos a comentar como muestra de su labor de historiador, el ensayo titulado *El Salón de Mariquita Sánchez y la generación romántica de Echeverría*.

Este ensayo siguió de cerca al cumplimiento del centenario de la muerte de Mariquita Sánchez de Thompson y Mendeville. Con su evocación ponía de relieve Loudet la figura un tanto olvidada de esta extraordinaria mujer vinculada durante su larga existencia de 82 años a todos los grandes hechos de la historia patria desde las postrimerías del virreinato hasta la organización nacional. Fue amiga de Rivadavia, de Alberdi, de Echeverría, de Monteagudo y de Juan María Gutiérrez, entre los próceres civiles; y de San Martín, Belgrano, Alvear y Lavalle entre los héroes militares. El cultivo de todas estas amistades tenía como base la casona de la calle Florida que habitaba Mariquita Sánchez, en cuyos salones reunía a sus selectas amistades. El salón de Mariquita reproducía una institución privada que había alcanzado su mayor brillo en los siglos XVII y XVIII especialmente en Francia. El éxito de este salón criollo se debía a la fascinación de su dueña por sus dotes de sociabilidad, su buen gusto, su cultura, su chispeante donosura, la suavidad de sus gestos y la atracción de su sonrisa. Rivadavia fue el primer gran amigo intelectual de Mariquita quien al crear la Sociedad de Beneficencia le ofreció su presidencia pero admitió ser secretaria solamente. A pedido de Rivadavia le sugirió la lista de las primeras trece damas patricias que compondrían su mesa directiva, pero Mariquita fue el alma de la institución.

Gracias al abundante epistolario de Mariquita, tan primorosamente recogidos por Clara Vilaseca, cuyas manos dice textualmente Loudet besó por habernos hecho ese regalo, pudo éste penetrar en la psicología de la ilustre dama. El salón de Mariquita Sánchez fue el nido de los románticos del Río de la Plata que se cobijaron bajo sus alas; las grandes figuras de esta generación romántica

fueron Alberdi, Echeverría y Juan María Gutiérrez, que en opinión de Loudet fueron "las grandes luces que iluminaron el salón de Mariquita".

El ensayo de Loudet finaliza refiriéndose a esta notable mujer diciendo lo siguiente: "Fue una inteligencia superior, de una sensibilidad profunda, de una voluntad inquebrantable, de una cultura vastísima, no sólo fue la reina simbólica sino la inspiración, la llama votiva de un ideal político y de una escuela literaria."

EL HOMBRE DE LETRAS

Como hombre de letras, Loudet cultivó fundamentalmente el género literario denominado Ensayo. De los géneros literarios es el más difícil de definir dentro de un encuadre preciso. En general se trata de un texto por lo común breve, en prosa, en el que puede exponerse un tema de muy variado carácter: biográfico, histórico, psicológico, político, sociológico, etc., en el que el autor vuelca su particular enfoque, vierte sus opiniones, o sus ideas personales. Su nombre proviene de Montaigne, el gran escritor del Renacimiento francés que a fines del siglo XVI, lo utilizó por primera vez para titular su obra. En siglos siguientes fue tomando auge progresivo con el desarrollo del periodismo literario sobre todo. Para en la época contemporánea constituir un género que atrae la preferencia de los escritores.

En su empleo más frecuente tiende al conocimiento del hombre en sus múltiples aspectos: moral, social, científico, artístico, etc. Para limitarnos al ámbito de nuestro idioma diremos que tanto en España como en Hispanoamérica tiene representantes muy ilustres. En la primera debemos mencionar especialmente a la denominada Generación del 98: Unamuno, Ramiro de Maeztú, Azorín, y en la que sigue a ésta a Ortega y Gasset, Gregorio Marañón y aun más posterior Pedro Lain Entralgo. En Hispanoamérica hay que destacar los nombres de Sarmiento, de Montalvo, de Rodó. Los dos primeros en el siglo pasado, el último en las postrimerías de éste y en el comienzo del actual.

En nuestro país, José María Ramos Mejía, José Ingenieros, Juan Agustín García recurrieron también a este

género literario para su obra escrita, orientando sus temas hacia los propios de su profesión pero paralelamente también a la historia, a la sociología, a la psicología, a la ética, y acorde con esta característica podemos afirmar que Loudet es el continuador de Ingenieros, de Ramos Mejía, de Juan Agustín García.

Su labor literaria se hace más notable a partir de 1958 en que van apareciendo sucesivamente una serie de libros de temática histórico-médica, psicológica y filosófica. En 1958 aparece la obra titulada *Más allá de la clínica, Médicos y Apóstoles* (Editorial Losada). En 1962 *Vida y Espíritu del Médico*, editado por Kraft; al año siguiente *De los días y las noches; Confidencias de un médico* (editado en Huemul); en el mismo año *Humanistas y Médicos en el Renacimiento* (Editado por Nova) que recibe la faja de Honor de la Sociedad Argentina de Escritores. En 1966 aparece *Médicos argentinos*, editado por Huemul que recibe al año siguiente el Primer Premio Municipal de la ciudad de Buenos Aires, el destinado a ensayos. En 1968 publica Loudet el libro *La vida íntima, emociones y sentimientos* (editado por Emecé) y que es galardonado con el Premio del Fondo Nacional de las Artes. El contenido de este libro es una serie de estudios sobre sentimientos como la nostalgia, el remordimiento, el llanto y la risa, la alegría y el hastío de vivir, la esperanza, completado con otros temas como la melancolía de Lucrecio, el amor y la locura de Torcuato Tasso, Claudio Bernard, la moral de Marañón y la amistad de Pasteur y Claudio Bernard. En 1969 aparece *Vida y Miseria*, editado por Emecé. Al año siguiente, *Figuras próximas y lejanas, al margen de la historia*. En 1962, *Al margen de la ciencia* y en 1965, *Ensayos de crítica e historia* (estos tres últimos libros editados por la Academia Argentina de Letras). También compuso una *Historia de la psiquiatría argentina* aparecida en 1971 editada por Troquel.

La prosa de Loudet se distingue por su claridad, precisión, elegancia, por su sensibilidad, por su transparencia, por su armonía, por ciertos toques irónicos, y donde no falta el hálito de poesía traducida en coloridad y ajustadas metáforas, por ejemplo cuando Loudet se refiere al Dr. Aráoz Alfaro inicia su artículo de esta manera: "En junio de 1950 cumplía Aráoz Alfaro 80 años de existencia, sin que los fríos del invierno hubieran mitigado la

luz de su inteligencia y el calor de su corazón". Cuando comienza su ensayo sobre Pedro Belou, lo inicia así: "Belou era un niño grande. Su rostro redondo, sin aristas cortantes glabro y sonrosado, *dulce y sonriente, tenía algo de los ángeles de Rubens.*" Otro ejemplo es la definición de la angustia: "La Angustia del hombre consiste en transitar por un puente colgante, siempre próximo a caer en el abismo que une la orilla visible y conocida a otra invisible y desconocida a este otro." "Existen lágrimas de amor, lágrimas de odio, lágrimas de cólera. Sólo las primeras son dulces y consoladoras. Sólo las primeras son sangre de un corazón puro."

Cuando Loudet escribe lo hace siempre con emoción; esto es fácil de advertir en sus semblanzas donde el lector aprecia cómo se complace en destacar sus virtudes por lo que puede decirse que Loudet tiene siempre el elogio y la admiración a punta de pluma, él mismo ha dicho que sin emoción la prosa se convierte en un grafismo pálido y frío y agrega: sin emoción no hay estilo o por lo menos un estilo vital.

Sus eximias cualidades de escritor justificaron plenamente que la Academia Argentina de Letras lo designara para ocupar un sitial de académico de número y los méritos literarios de una de sus obras titulada *Humanistas y Médicos en el Renacimiento* fueron distinguidos con la faja de honor que otorga la Sociedad Argentina de Escritores.

También su obra *Médicos Argentinos*, recibió el primer premio de la Universidad de Buenos Aires para ensayos. Cuando contaba 88 años de edad tuvo la sorpresa de recibir de Francia el Premio de Honor que le acordó la Academia Internacional de Lille, en la Sección Ciencias.

EL PENSADOR

Como pensador, Loudet ha escrito un pequeño libro titulado *De los días y las noches*, y subtítulo "Reflexiones y confidencias de un médico". En el prólogo de este libro dice Loudet que ha sentido la necesidad de confesar su pensamiento y por eso lo ha volcado en este libro porque: vivir encerrado con nuestros pensamientos y recuerdos es asfixiarse y sentir el tormento de la soledad. No es posible agotarse en un monólogo continuo, es necesario el diálogo

con otros espíritus; hay que abrir las ventanas del alma para ahuyentar las sombras y recibir una nueva luz.

Muchas de estas ideas tienen relación con la medicina. Del citado libro extraemos este ejemplo: "Muchas veces el médico se pregunta si la mentira piadosa para consolar al enfermo ha sido realmente eficaz o si éste simula creer lo que no cree para consuelo de los suyos y del propio médico. Es una duda terrible que conviene no despejar." Muchos de sus pensamientos están expuestos en forma aforística, es decir, en forma de breves sentencias por ejemplo: "He estudiado durante varios lustros a delincuentes y alienados y he recordado muchas veces aquel juicio de Anatole France demasiado tajante y exclusivo: La mitad de la humanidad merece nuestra compasión y la otra mitad el desprecio y el olvido. ¿No sería más justo que todos merecieran nuestra compasión porque ninguno es culpable?" El pensamiento de Loudet tiene una constante que es destacar la preeminencia del espíritu sobre el cuerpo; así por ejemplo no se deja convencer por las grandes conquistas de la tecnología pues afirma que la técnica seguirá teniendo cosas maravillosas pero no resolverá el sentido profundo de la vida, y el misterio del más allá de la existencia. Por ello tal vez frente al aluvión de técnicas y procedimientos instrumentales ya sea para diagnosticar o para tratar enfermedades Loudet se muestra escéptico y así afirma: "La máquina no matará el espíritu. Mecanismo, geometrismo, automatismo pretenden reemplazar inteligencia, interpretación, juicio crítico, sensibilidad. El fotógrafo nunca substituirá al pintor. Podrá el primero mostrar imágenes tal vez más claras y exactas pero la verdad no estará en la exactitud y claridad de un instante sino en la síntesis de muchos instantes, de muchas fisonomías distintas y semejantes, claras y sombrías, es decir vitales, que sólo el pintor puede captar. Lo que la máquina fotográfica ignora lo ve y lo siente el pintor. El ojo clínico, es un ojo psicológico y moral. Es necesario que el clínico de hoy no abandone su guardia permanente a la cabecera del enfermo. Cuanto más se aleje de ella para efectuar sus diagnósticos, correrá el riesgo de perder su alma de médico." Fue esa alma de médico la que, entre nosotros trató Aráoz Alfaro de cultivar entre sus discípulos evitando que se extraviasen en la selva encantada por fosforescentes descubrimientos. Fue el primero en conocerlos y en estudiarlos, pero nunca

dejó de someterlos a rigurosa crítica y al juicio experimental del tiempo.

EL CONFERENCIANTE

Entre sus múltiples actividades Loudet se distinguió como conferenciante, unas veces desde tribunas académicas o de sociedades científicas o de muy diversas instituciones.

Perteneció en calidad de miembro al Instituto Popular de Conferencias del cual llegó a ocupar la Presidencia en el año 1958 y en esta relevante tribuna pronunció numerosas disertaciones entre las que mencionaremos: "El trabajo intelectual"; "Dos estampas rectorales del viejo Colegio Nacional de Buenos Aires: "Eusebio Agüero y Amadeo Jacques", "Sobre la locura", en 1949, "Rafael Alberto Arrieta o del amor a los libros", "Pedro Mallo: Un historiador de la medicina", "El Instituto Popular de Conferencias. Una universidad libre"; "La nostalgia, geografía e historia de un sentimiento", "Alberto Gainza Paz".

Entre los temas tratados en estas conferencias debemos destacar la referida a la nostalgia en la que Loudet hizo amplia gala de sus conocimientos psicológicos y de su cultura general. En ella definió la nostalgia como "una afeción caracterizada por la tristeza que causa el alejamiento del país natal y el deseo irresistible e incesante de volver a él". Loudet rescató para este sentimiento lo que llamó la genealogía homérica de la nostalgia señalando la figura de Ulises, héroe de la *Odisea* que encarna en forma patética ese dolor melancólico, ese anhelo tiránico, esa obsesión angustiosa de volver al país natal. Señala el canto noveno de la *Odisea* donde se dice "pues nada hay para los hombres tan grato y esperado y querido, como la patria y los suyos y por ello dejaríamos de buen grado el país más próspero y la situación más ventajosa y segura". También afirmó Loudet en dicha conferencia que la nostalgia pertenece: "A esas emociones delicadas, tornasoladoras, bivalentes, en que se mezclan el comportamiento y la aflicción, una alegría tímida y una pena escondida". Pero Loudet señala que no es solamente un problema psicológico temporo-espacial, sino que hay una nostalgia geográfica y una nostalgia moral. La vida, agrega, es toda una cadena de nos-

talgias desde la juventud hasta la ancianidad. Esta última acumula las nostalgias de la infancia, la juventud y la madurez. No hay duda de que según las regiones, las razas y los hombres, la nostalgia asume caracteres y matices distintos. Este amor indecible por la tierra vernácula, por el paisaje que en la niñez, que en la juventud, dejó en el corazón un sello indeleble; este deseo angustioso de estar allí donde nacimos y vivimos las primeras jornadas claras u oscuras de nuestra vida, llega a manifestarse en los postreros días, en una solicitud que pareciera lejos de toda lógica. ¿Por qué el hombre que habita distante de su país voluntaria o involuntariamente pide descansar su postrer sueño en la tierra que lo vio nacer? ¿Por qué esa obsesión final?... ¿Por qué esa desesperación no de vivir, sino de morir lejos y de quedarse solo entre muertos extraños? es que todos buscan la comunión con el suelo amado, el peso ligero de su tierra, la caricia permanente de su paisaje, el cielo amigo, los astros confidentes, las flores familiares.”

También alude Loudet a la nostalgia de Dios, esa nostalgia de Dios se expresa magníficamente en algunas poesías del gran lírico español Fray Luis de León, esa nostalgia de Dios, se observa muchas veces en el que fue creyente y dejó de serlo cuando tras los azares de la vida lo lleva a sentir haber perdido la fe porque ella era una fuente de paz, de felicidad, de consuelo. También la nostalgia de Dios la encontramos en las ansias de los místicos, nostalgia unas veces tranquila y silenciosa, otras veces un gemido monótono y lacerante que está en las oraciones y en los escritos de Santa Teresa, de San Juan de la Cruz, de San Francisco de Asís, y la conferencia termina citando a León Bloy: “Se puede vivir sin pan, sin vino, sin techo, sin amor, sin felicidad, pero no se puede vivir sin el misterio”.

Sin duda su gran labor como conferenciante se cumplió en el Instituto Popular de Conferencias del diario “La Prensa” del que constituyó un pilar de su existencia.

Llegaba al Instituto los viernes que eran los días de reunión y era un regalo para el espíritu verlo llegar sonriente y comenzar entonces un cuarto de hora o una media hora de recuerdos, reminiscencias, historia de hechos y cosas pasadas aderezadas por su brillante chispa de humor y su extraordinaria memoria, hechos y cosas que

costraban un interés y una vivacidad que deslumbraban a sus oyentes semana a semana. Su mirada vivaz, siempre atenta que sus párpados descubrían con esfuerzo, la limpia y amplia frente serena, los labios gruesos que le conferían un aspecto serio y que rápidamente se transformaban cuando una sonrisa equilibraba su rostro y su palabra preanunciaba una crítica indulgente, una sentencia luminosa, o una anécdota a las que era muy afecto avivada y adornada por su vigorosa inteligencia.

Al igual que sus ilustres predecesores Estanislao Zeballos, Rodolfo Rivarola, Gregorio Aráoz Alfaro y Arturo Capdevila enaltecía su figura con su presencia.

Por algo en una brillante conferencia la última que pronunció en su recinto al inaugurar el ciclo de 1983 del Instituto pudo decir que esta era una Universidad Libre y agregamos nosotros que él era su Rector por antonomasia.

En la Academia de Medicina disertó sobre "Marcelino Herrera Vegas: Un cirujano bibliófilo"; "Abel Ayerza: Un clínico elocuente"; "José María Ramos Mejía: Un médico sociólogo"; "Juan M. Obarrio: Un neurólogo clásico"; "Gregorio Marañón: Un médico Humanista". También en la Academia Nacional de Medicina hizo la presentación de "Pedro Laín Entralgo: Un historiador filósofo".

Otras muchas tribunas oyeron la palabra esclarecida de Loudet: Amigos del Arte, Jockey Club.

EL HUMANISTA

Loudet encarnó en nuestro medio al médico humanista para quién según la sentencia clásica nada de lo humano le fue ajeno. Los múltiples aspectos que precedentemente hemos señalado y las tan diversas actividades que desarrolló justifican considerarlo un médico humanista y en cierto modo podemos parangonarlo a Gregorio Marañón a quien le consagrara un magnífico ensayo tal vez porque espiritualmente se viera representado en la extraordinaria personalidad del médico hispano.

Lo que él mismo dijo de Marañón le es aplicable a sí mismo. Marañón fue un humanista en el sentido que Burckhardt daba al humanismo: el descubrimiento del hombre en cuanto hombre y consiguientemente la reafirmación de todo lo humano tanto en el sentido del indivi-

dualismo como en el sentido "de la humanidad", pero sustituyendo la noción renacentista del individuo por la más completa de la persona haciendo del humanismo no un culto a una entidad abstracta —la humanidad— ni una exaltación del individuo considerado como átomo social, sino más bien, un imperativo de respeto a la personalidad humana, al hombre en cuanto portador del espíritu". Su condición de humanista fue ampliamente reconocida por varias de las academias nacionales de nuestro país pues Loudet ocupó siales en la de Medicina, en la de Letras, en la de Ciencias, en la de Ciencias Morales y Políticas, y en varias otras extranjeras.

Su ágil y fluida pluma se consagró a trazar muchos retratos y semblanzas correspondientes a hombres que se distinguieron en las ciencias y en las letras, unos maestros, otros condiscípulos, actores en el mismo tiempo histórico los más a los que en su mayoría había conocido muy de cerca habiéndolos visto con sus propios ojos y no a través de ojos ajenos que podían deformar la realidad. De estas ilustres figuras tan admirablemente retratadas por Loudet afirmó que "no llegaron a las alturas por caminos fáciles y oscuros, sino difíciles y claros. Sus glorias públicas fueron más o menos resonantes; tanto los que sobresalieron en las ciencias como los que lo hicieron en las letras, poseyeron méritos auténticos y dejaron obras útiles y perdurables. Ejercieron la más universal de las profesiones según el luminoso calificativo de Guyau, la profesión de ser hombre".

Con justicia podemos destacar que Osvaldo Loudet también ejerció la más universal de las profesiones: la de ser *hombre*. Hombre humanista y humanitario.

El resumen del paso por la vida nos señala que hemos trazado la trayectoria de un médico eminente, de un médico legista, de un criminólogo, de un profesor universitario, de un académico, de un conferencista, de un filósofo, de un pensador, de un escritor, de un historiador, de un publicista y de un humanista.

Su vida fue una vida armoniosa, alta y serena. Era un hombre de trabajo cuyo inquieto pensamiento nunca se entregaba al reposo. Siempre decía que estaba preparando una obra, que acababa de terminar un escrito, que debía pronunciar una conferencia o si no comentaba una última y reciente lectura. Todo lo abarcaba con su anhelo insa-

ciable de saber, no pasó por la vida como un sonámbulo, tenía la pasión de hacer y jamás sintió el peso de los años, pues sostenía que la edad no está en el calendario, sino que está en el alma y en las arterias. También decía que las pasiones sanas no cesaban con las edades más avanzadas, sino que se vuelven más serenas y crecen en varias dimensiones. Por eso Loudet no declinó de sus pasiones.

Vivió como murió. Dijo que así como existe un arte de vivir, existe también un arte de morir constituido por un acatamiento a las leyes naturales. ¿Y en qué consistía este arte de morir? Haber conservado la integridad moral, haber amado lo que merece ser amado, haber ayudado a los derrotados injustamente, no haber negado consuelo a las almas doloridas y no tener remordimientos.

Su vida y su muerte armonizan con estos pensamientos. Vivió como quiso vivir. Y murió como quiso morir, tras una vida en la que se conjugaron la pasión por el bien, la lucha por las causas nobles, el cumplimiento del deber, la perseverancia en el trabajo y el deseo de amar.